



UNA MISIÓN INESTIMABLE CON POSIBLES HERIDAS EN EL CAMINO

Mons. Juan María Uriarte
Obispo emérito de San Sebastián

Querido Sr. Cardenal Arzobispo
Queridos obispos auxiliares
Queridos sacerdotes

0. Introducción

Muchas gracias por invitarme a compartir con vosotros esta jornada de Formación Permanente. El tema escogido para el presente curso pastoral es bien sugerente: “Sacerdotes y parroquias en clave evangelizadora”. Está inscrito en un magno movimiento al que habéis denominado “Proceso de reencuentro sacerdotal”. Con buen criterio, antes de centraros en la parroquia, habéis optado por detener vuestra mirada en el sacerdote que preside la comunidad parroquial. Y no solo en su perfil teológico y espiritual, sino también en su situación humana con sus luces y sombras. A mí se me asigna el cometido de diseñar algunos de los rasgos de esta situación y sus posibles heridas y la tarea de sugerir algunas indicaciones para asumir, evitar o atenuar estas heridas. Me situaré en el marco expuesto por Félix del Valle en su conferencia anterior, sobre todo en su retrato de las auténticas heridas.

Para situar mi reflexión en su debido lugar he de comenzar diciendo que, a pesar de todo, la salud integral de los presbíteros es, en general, bastante aceptable. Parece resistir con ventaja una comparación con las de otras épocas lejanas y recientes. La vida y ministerio de gran parte de los sacerdotes es, a mi juicio, un intento honesto y un logro considerable. Con todo, su situación humana, espiritual y pastoral no deja de ser delicada e incluso más incómoda que en tiempos pasados aun recordados. No está exenta de decepciones, frustraciones, debilidades y heridas bastante frecuentes.

Algunas proceden de la cultura ambiental que, para bien o para mal, nos envuelve y, en alguna medida, nos impregna. No somos un “Mar de los Sargazos” ajeno a la agitación del cambio cultural extraordinario. Otras heridas tienen su origen en la coyuntura eclesial presente. Otras, en fin, se albergan dentro de cada uno de nosotros. Mi intervención recogerá algunas debilidades nacidas de estas tres fuentes. El tamaño de una conferencia obliga rigurosamente a una selección restrictiva y a una descripción condensada. Muchas heridas quedarán hoy en el telar. Por otro lado, no me parecería correcto

señalar las heridas y no sugerir algunas indicaciones para curarlas o mitigarlas.

Pero incluso una exposición elemental de “heridas y medicinas” requiere un tiempo que, por su longitud, pudiera resultar tedioso. De acuerdo con los organizadores, quisiera evitar este riesgo introduciendo entre parte y parte de la conferencia una breve pausa que sea un ligero alivio, sin que merme, por supuesto, un espacio suficientemente amplio para el diálogo ulterior.

El itinerario que seguiremos más o menos en cada uno de los pasos será el siguiente: el origen de la herida, su descripción somera, los efectos que produce, la manera de tratarla “terapéuticamente”.

1. Dios “al margen”

1.1 *El fenómeno cultural*

A medida que ha ido avanzando, la modernidad ha ido colocando a Dios “al margen”. “Respetuosamente” en ocasiones, según De Lubac. Otras no tan respetuosamente, ridiculizando la fe en Él. Lo que en el inicio fue un “principio metodológico” (prescindir de Dios como causa explicativa constatable de los fenómenos naturales y humanos en la investigación científica) se ha ido convirtiendo hoy en actitud real en la vida de mucha gente. Algunos fenomenólogos de la Religión, como Martín Velasco, denominan nuestra cultura como “cultura de la increencia”, que afecta en forma de ateísmo, de agnosticismo y, sobre todo, de indiferencia a un abultado porcentaje de la población. “La indiferencia –dice Martín Velasco- no constituye una situación intermedia entre el creyente y el ateo, sino la forma más radical del alejamiento de Dios”. Otro porcentaje considerable mantiene su fe en Dios pero lo ha desalojado en buena medida de áreas importantes de su vida laboral, lúdica, familiar, económica, sexual y ha reducido su vigencia real apenas al área de su práctica religiosa habitual o eventual. Felizmente se mantiene un porcentaje nada desdeñable de creyentes que, con sus debilidades e incertidumbres, desean que su fe influya en todas las áreas de su vida y comportamiento.

1.2 *La herida y sus consecuencias*

Los presbíteros estamos preocupados por este fenómeno desde varios flancos. La indiferencia creciente interpela nuestra esperanza pastoral y en el límite, induce la tentación de preguntarnos si no estaremos entrando en una etapa post-religiosa. El alivio producido por el revivir de ciertos movimientos religiosos queda acidulado por el hecho cierto de que muchos que viven este despertar no se orientan hacia la fe en Jesús y menos aun hacia la



comunidad eclesial. A más de un sacerdote le cuesta aceptar que haya dedicado su vida entera a suscitar la fe y promover la comunidad eclesial para encontrarse al final “con esto”. Más de uno lleva el tiro debajo del ala en forma de decepción pastoral y sensación de fecundidad muy mermada. Y si fijamos la mirada en nosotros mismos experimentamos con dolor el desajuste entre nuestra propuesta de fe y vida cristiana y la demanda religiosa mediocre de muchos de nuestros feligreses.

Pero no es este el único flanco. El sacerdote no es un simple espectador preocupado por el panorama aludido. Él mismo puede sentirse, en alguna medida, habitado por esta sensibilidad. Puede sentirse “tendido entre el silencio de Dios y la extrañeza del mundo” (O. Glez. de Cardedal). Hoy la pregunta de S. Anselmo “¿Dónde te buscaré?” tiende a ser sentida por muchos de nuestros contemporáneos en esta otra onda “¿estás en alguna parte?” Mircea Eliade en su libro “Lo sagrado y lo profano” sostiene que la gran diferencia entre el hombre antiguo y el hombre moderno radica en que para el antiguo Dios era más cercano que las cosechas, las tormentas, los bosques, los ríos, la tribu, el clan. Estaba presente en ellos. En cambio el hombre moderno tiene dificultad a la hora de percibir y sentir a Dios como real. El presbítero es hombre de este tiempo. Estamos habitados por las dos sensibilidades: la que siente familiar a Dios y la que le siente extraño. Esta es la escisión del creyente de hoy.

1.3 La “*medicina*”

Es verdad que muchos presbíteros gestionan bien esta escisión y por la gracia del Espíritu van accediendo a una adhesión más aquilatada a Dios, a una imagen purificada de Él, que se nos ha manifestado “de cuerpo entero” en Jesucristo. Saben por experiencia que la oración es camino indeclinable para que Dios sea Dios en nuestra vida. Se encuentran con Él también, especialmente, en el trato con los sufrientes. Se alimentan con la lectura creyente y orante (individual o colectiva) de la Palabra de Dios. “No me cansaré de repetir –decía el cardenal Martini- que la lectura creyente y orante de la Biblia es el mejor antídoto para una sociedad que desfallece por su indiferencia y su miedo a creer... Ella comunicará a la Iglesia esa interioridad sin la cual será incapaz de resistir a los desafíos del Tercer Milenio”.

Cuidar la experiencia de la fe propia y ajena es decisivo, especialmente en esta coyuntura. La fenomenología de la Religión nos ha demostrado rigurosamente que ésta, antes de ser un conjunto de creencias, un código moral compartido, un culto colectivo, una comunidad de adeptos, un entramado institucional es fe impregnada de experiencia. Esa dimensión experiencial es el déficit originario de la fe de muchos creyentes y comunidades. “A la crisis de Dios solo responderemos con la pasión por Dios” (Metz). Orar y enseñar

a orar es disponerse para recibir el don. “La Iglesia necesita imperiosamente al pulmón de la oración”. (Papa Francisco)

2. Un mundo erotizado

2.1 *El fenómeno: la “explosión sexual”*

Así la denomina el sexólogo A. Berge- La liberación sexual es una de las señas de identidad de la nueva cultura. Enumeremos escuetamente sus etapas principales. Primero aconteció la ruptura entre sexualidad y matrimonio ¿Por qué va a ser éste el único espacio para la plena relación sexual? Más tarde se produjo la disociación entre sexualidad y procreación. ¿Por qué la primera ha de estar orientada a la segunda? El perfeccionamiento de los anticonceptivos fue determinante. Después aconteció la separación entre sexualidad y amor. ¿Por qué la relación sexual ha de ser expresión del amor y del compromiso amoroso? Hoy se está dando ya un cuarto paso: la desvinculación de la relación sexual de la unión entre hombre y mujer.

Ciertamente la liberación de algunas mentalidades y comportamientos sexuales ha barrido determinados tabúes represivos, ha contribuido a apreciar más la sexualidad, ha ensanchado criterios éticos demasiado estrechos. Pero la explosión sexual está siendo portadora, para muchos, de una nueva y gran esclavitud: una banalización de la relación sexual, una excesiva dependencia que intenta colmar con la multiplicación de experiencias el vacío que deja en el interior de las personas un intercambio sexual desprovisto de la densidad antropológica de una auténtica relación sexual.

El erotismo ambiental es fruto de la explosión sexual. Circula en la atmósfera interhumana una multitud ingente de estímulos eróticos que mantienen desde muy temprano a muchos humanos en una “alerta sexual” casi permanente y en una excitabilidad sexual desmesurada. La publicidad contribuye a erotizar los objetos deseables vinculándolos sinuosa o descaradamente a imágenes y sensaciones sexuales. Internet es hoy para muchos un nuevo espacio erótico y pornográfico que produce estragos psíquicos y morales cuando genera una dependencia severa.

2.2 *El celibato en un ambiente erotizado*

No es extraño que en esta atmósfera pervivan entre la gente viejas ideas, sostenidas en su día por W. Reich. El celibato sería una situación antinatural que, por serlo, provoca en quienes lo practican la denostada trilogía: tristeza, rareza, dureza.

¿Cómo resuena en el interior de un célibe el fragor del erotismo circundante? La larga experiencia de un trato en profundidad con sacerdotes de diferentes latitudes me sitúa muy enfrente de publicaciones que, sin rigor,



con morbo y con ambición publicitaria construyen panoramas desoladores que rayan la maledicencia. Según mi convicción un porcentaje no insignificante de presbíteros viven su celibato con generosidad incluso espiritualmente elegante. Otro porcentaje mayor lo intenta vivir honestamente aunque no esté exento de algunos deslices que lamenta sinceramente porque quiere ser célibe. En bastantes casos arrastra un autoerotismo que no acaba de erradicar. Otro grupo nada desdeñable lo vive con una tasa de dificultad e insatisfacción y con alternancias en su conducta. Existe, por fin, un número reducido de presbíteros que “han tirado la toalla” y se encuentran más o menos incómodamente instalados en la “doble vida”.

2.3 *Indicaciones*

Imposible desarrollarlas ahora con la amplitud necesaria. Me remito a explicarlas de forma muy resumida. El celibato no es una simple condición para acceder al sacerdocio, sino un componente de nuestra completa vocación en la Iglesia en Occidente y un valor afín a nuestro ministerio. Un celibato como simple condición para acceder al ministerio tiene los días contados o, en el mejor de los casos, escasa calidad humana y evangélica. Incluso desde un punto de vista puramente antropológico tiene, cuando se vive bien, dignidad y calidad. El motivo central del celibato (civil o eclesiástico) no es el puro deber, ni siquiera la lealtad al compromiso adquirido o la mayor disponibilidad para el servicio civil o apostólico, sino el amor. Un celibato sin amor es tan vacío como un patrimonio sin amor. El motivo central del celibato de un presbítero es el amor de identificación con Jesucristo célibe, para quien el amor inconmensurable a Dios su Padre y la entrega a la proclamación y promoción de su Reino no le deja espacio psíquico para entregarse a una mujer y formar responsablemente una familia. El celibato es un don que merece agradecimiento y petición para mantenernos y crecer en él. Es un don delicado que presupone un nivel de madurez psicológica y afectiva de las que hablaremos por extenso más tarde. El celibato tiene sentido solo en el contexto de la vivencia de los consejos evangélicos. Ser célibe sin vivir la pobreza evangélica y la disponibilidad obediente es artificioso, sumamente difícil y nada testimonial. Cultivar la interioridad, practicar la sobriedad, clarificar y purificar nuestras motivaciones para el ministerio y el celibato, ejercitarnos en la oblatividad, tener verdaderos amigos, comunicar transparentemente nuestra situación afectiva y sexual, reparar sus “averías” por la práctica del sacramento de la Reconciliación, orar por nuestro celibato... son actitudes y comportamientos muy indicados para una vivencia noble y sincera de este don. Cuando así se vive es fuente de gozo y de fecundidad apostólica. Si se malvive, empobrece nuestra vida humana, espiritual y pastoral.

3. Una fraternidad sacerdotal “manifiestamente mejorable”

En todos los presbiterios que conozco puede observarse, en mayor o menor medida, el desajuste entre la teología del presbiterio formulada por el Vaticano II y la realidad de nuestros presbiterios. La teología afirma que la fraternidad entre los sacerdotes es “sacramental”, es decir, consecuencia inmediata y directa del sacramento del Orden que en diverso grado compartimos obispos y presbíteros. Sostiene que no somos presbíteros sino co-presbíteros, porque, con el obispo, compartimos no solo el mismo sacramento del Orden, sino también el mismo Espíritu para forjar nuestras comunidades y la misma única misión. Nos recuerda que esta misión no es una misión parcelada en “piezas eclesíásticas”, sino una co-misión.

De esta doctrina sólida y estimulante puede esperarse una mayor eficiencia apostólica, una mayor salud integral del clero y un testimonio saludable para nuestras comunidades y la entera comunidad diocesana. (De ella se derivan tareas concretas indicadas en P.O. n. 8: la hospitalidad entre presbíteros, la cooperación pastoral, la comunicación de bienes y “algunas formas de vida común” {ib}).

La realidad de nuestros presbiterios se acerca o se aleja en mayor o menor medida de esta imagen teológica. La dispersión geográfica (cada vez más atenuada), cierta tradición de autarquía pastoral, el cruce de mentalidades diferentes e intereses encontrados entre presbíteros, la relativa lejanía (real o supuesta) de las instancias diocesanas, las carencias formativas en este punto podrían ser algunas de las causas del desajuste apuntado y de heridas en algunos sacerdotes. Pero hay que decir que en estos mismos presbiterios hay un nivel de camaradería y de mutua ayuda notables. Es cierto que no es todavía un auténtico trabajo pastoral en equipo sacerdotal y con la incorporación efectiva de religiosos y laicos. Por otro lado, el nivel de corporativismo que puede subsistir en algunos presbiterios es, a mi juicio, inferior al que encontramos en general en los grupos profesionales o asociativos que conocemos.

En presbiterios numerosos, algunos sacerdotes se reúnen en grupo menor para orar y contrastar su vida espiritual y apostólica. Creo saludables estas reuniones si les motivan para participar en el presbiterio total y aportarles oxígeno. Son desaconsejables si les aíslan de él y rebajan su implicación en él.

En algunas diócesis la experiencia me dice que la relativa distancia se manifiesta entre una parte sensible del presbiterio y su obispo. Siempre he defendido que las dificultades en este punto no se deben solo a deficiencias recíprocas. En realidad, la misma relación entre presbíteros y obispos, tal cual es descrita por el Concilio, es delicada. El obispo es a la vez hermano y padre, amigo y superior. El presbítero, correlativamente, es invitado y urgido



al mismo tiempo a una filiación y fraternidad, a una amistad y subordinación. Compaginar el ser padre y hermano, amigo y superior resulta a veces difícil para el obispo. Armonizar filiación y fraternidad, por un lado, amistad y obediencia, por otro, no es fácil. Hay una tensión **objetiva**. En diócesis de talla media o reducida puede resultar, quizás, menos difícil. Pero no hay que olvidar las asimetrías que concurren en estas cuatro relaciones. Tampoco podemos escudarnos en ellas para dejar de intentar mejorar en lo posible una relación que es capital. Cada diócesis tiene en este punto su propia labor.

Tareas concretas: hospitalidad presbiteral, comunicación de bienes, encuentros periódicos, cooperación pastoral, etc. (cfr. Mi libro: “Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo. Sal Terrae 2016, pgs. 87-104).

4. Una función presbiteral socialmente más devaluada

Es patente que la figura y el rol del sacerdote han descendido bastantes enteros en la consideración de la sociedad e incluso de una parte de la comunidad cristiana. Es igualmente patente que el crédito social de la Iglesia ha mermado notablemente. La mirada social hacia ella no está exenta a veces de una cierta agresividad que se manifiesta, por ejemplo, en la reacción de bastantes Medios de Comunicación Social ante intervenciones eclesiales justas, legítimas, respetuosas y saludables, considerándolas como una intromisión y como signo de una voluntad de poder que la Iglesia querría mantener a toda costa. En otros muchos, sobre todo en las generaciones juveniles, la actitud general es de indiferencia. Muchos conocen a la Iglesia no por contacto directo con la comunidad, sino por la imagen recibida en la opinión pública dominante.

Ver devaluadas su figura y su rol y sentirse representantes especialmente visibles de la Iglesia que ha perdido parte de su valoración social, produce preocupación y sufrimiento en el sacerdote. Y puede producir también una implícita subvaloración de sí mismo y una cierta pérdida de autoestima. Las ciencias humanas nos aseguran que el ser humano alimenta su autoestima en tres fuentes. La primera es la imagen globalmente positiva que uno tiene sobre sí mismo. La segunda es la evaluación favorable, realizada objetivamente, de los frutos de su trabajo. La tercer es la estima que los demás profesan a su persona y a su obra. Cuando alguna de esta fuentes se seca, la autoestima puede quebrarse con alguna facilidad.

El sacerdote psicoanalista francés Tony Anatrella realizó hace algunos años un estudio en varias diócesis de su país. El panorama que describe es bastante oscuro, aunque no general. Observó en bastantes sacerdotes un “desplome de sus proyectos y, lo que es más preocupante, un hundimiento de su imagen individual y social. Su fe no queda alcanzada, pero tampoco ejerce una función significativamente estimulante”. Son sus palabras exactamente

reproducidas. Pero en el estudio afirma que todo parece indicar en ellos una regresión en los niveles de madurez, de equilibrio y de unidad interior; una notable reducción del volumen de actividad o un activismo populista encubridor de un vacío doloroso; cuadros de depresión y ansiedad; conductas de connivencia con el alcohol; anudamiento de relaciones afectivas incompatibles con el celibato, búsqueda de otros espacios de actividad socialmente más reconocidos.

Mi experiencia personal, menos acreditada que la suya, es un poco menos oscura. No niego que no existan entre sacerdotes algunas situaciones, actitudes y comportamientos como los descritos por este autor. Pero la gran mayoría del clero que yo conozco en España no está bien reflejada en este retrato. Es verdad que no son tan pocos los que se enfundan en el rol, se concentran en el mundo eclesiástico y se desconectan de una sana sensibilidad secular. El cardenal Martini decía que no es tan infrecuente, sobre todo en sacerdotes tendentes a una baja autoestima, un “endurecimiento en torno al rol”. Estas son sus palabras: “El sacerdote corre el peligro de subirse sobre su propio rol para hablar y actuar desde allí, sin preocuparse de estar en sintonía con el camino de la gente y sin intuir lo que esperan de él, estableciendo una comunicación mucho más aseverativa que dialogal, más repetitiva que creativa, más circunspecta y precavida que explícita y cordial”. Tal vez, añadido, ésta puede ser una reacción defensiva ante el despojo social que siente.

Con todo, me atrevo a afirmar por mi cuenta que la fe viva, la teología equilibrada de la cruz, la experiencia de sentirse útiles y confortadores a bastantes personas y grupos y la seguridad de sentirse estimados y queridos por ellos y por el Señor ayuda a muchos de los sacerdotes a vivir esta devaluación de su ministerio no sin dolor, pero con la suficiente serenidad y paz. Cuanto más interiores y más oblativos seamos sabremos gestionar mejor el impacto de este fenómeno desapacible.

5. Los azares de la madurez

5.1 *Una madurez real, aunque atípica*

“Amar y trabajar” son dos dimensiones capitales sin cuyo cultivo no cabe maduración humana. Para la gran mayoría de nuestros ciudadanos el amor se concreta en una relación de pareja, de vida y de proyecto, que se prolonga y se culmina en la formación de una familia o una agrupación más o menos análoga. Para la misma mayoría el trabajo consiste en una actividad o profesión civil reconocida socialmente como tal y regulada laboralmente. El presbítero vive esta doble dimensión de manera muy diferente a la de sus conciudadanos. Su manera de amar es célibe y, por tanto, incompatible con una



vida de pareja unida por el amor sexual. Su mundo de trabajo es también singular: la acción pastoral es cualitativamente diferente del trabajo civil. Su condición de vida y trabajo le reclaman una renuncia a formar familia y a compromisos sindicales y políticos. ¿Es posible alcanzar la madurez humana en esta condición vital?

Cualquier opción de vida comporta elegir unos valores humanos y renunciar a otros. Un presbítero célibe elige una forma de vida que, si es vivida honestamente, enriquece su humanidad haciéndola más oblativa y más abierta a muchos. La importancia de su misión le motiva para cultivar también un espíritu altamente responsable. Su forma de vida en la que ama a aquellos por quienes trabaja y trabaja para aquellos a quienes ama facilita su unidad interior. Al mismo tiempo, un presbítero célibe se priva a sí mismo de una relación conyugal sana, generosa y gratificadora y de la experiencia motivadora y responsabilizadora de la paternidad. Cuando estas circunstancias se dan y en la medida en la que se dan son realmente maduradoras de la persona y de la pareja. Pero en realidad la madurez humana media real del presbítero no desmerece, en su conjunto, de la madurez media real del casado. Probablemente es incluso mayor, a mi parecer.

Pero estas dos observaciones últimas no nos dispensan de reconocer no solo la existencia de sacerdotes seriamente inmaduros, sino también del riesgo real de inmadurez que conlleva un célibe no suficientemente vigilante y generoso. Un riesgo no es una fatalidad. Pero no deja de ser un riesgo. Una vida sacerdotal celibataria vivida positivamente encierra no solamente recursos para evitarlo, sino también motivos y estímulos para ennoblecer y hacer crecer su madurez humana. Hay que tener en cuenta, a este respecto, que la madurez humana se mide –como diremos enseguida– por la unidad interior de tales dimensiones. La unidad interior es fuente de fecundidad, mientras que la dispersión de las diversas instancias esteriliza nuestra vida, por ricas que éstas sean.

5.2 *Maduración psicológica, afectiva y sexual*

Dentro del campo amplio de la maduración humana fijamos nuestra mirada en estas tres dimensiones. No sin advertir que la madurez es un concepto–límite. No hay en este mundo un solo hombre perfectamente maduro. Lo realmente existente es la maduración, que significa camino hacia la madurez.

5.2.1 Perfil de madurez psicológica

Es un terreno todavía insuficientemente explorado por los saberes humanos. Pero algunos de sus caracteres son admitidos universalmente.

- es una capacidad de **percibirse correctamente** a sí mismo, con sus posibilidades y limitaciones. La ensoñación y el automenosprecio no son compatibles con la madurez.
- la persona madura tiene **un proyecto vital** realista en torno al cual gire su existencia. Este proyecto engloba su vida afectiva y su vida laboral. La persona invierte en este proyecto un gran “capital afectivo”. Pero es consciente de que su realización es siempre limitada.
- ama con un amor que ha superado el narcisismo y ha llegado a ser oblativo.
- se adhiere, también en su vida laboral, a valores que trascienden la propia persona y el ámbito familiar. Quiere aportar y servir a la comunidad.
- la persona madura posee unidad interior, aunque no exenta de conflictos internos. Pero ante ellos no se refugia en la neurosis.
- todos estos caracteres están sostenidos por una motivación interna. Sabe qué quiere y por qué lo quiere. Vuelca sobre ellos una energía psíquica poderosa y constante. El desmotivado no es una persona madura.

5.2.2 La madurez afectiva

Dentro del campo de la madurez psicológica ocupa un área importante la madurez afectiva. Anotamos algunos de sus rasgos. Consiste en la capacidad para amar de modo intenso, estable y comprometido y para dejarse amar honesta y limpiamente (sin maniobras de seducción, sin exclusivismos celotípicos). Quien la posee está normalmente dispuesto a la entrega oblativa al otro (o la búsqueda de su bien) y a la demanda respetuosa a él. No bloquea su movimiento de entrega por inseguridad o por temor a ser absorbido en la relación. Está preparado para una relación de sujeto a sujeto. Aprecia el agradecimiento, la estima, el afecto, pero no los exige ni los busca como un mendigo. No condiciona a ellos su disponibilidad y su servicio. Jamás encadena a los otros a su persona. Despierta en ellos la capacidad y el gusto por el amor oblativo.

El reverso de la madurez afectiva es el narcisismo. El sujeto se ama solo a sí mismo y a los demás en función de sí mismo. Quiere deslumbrar y hacerse querer por encima de todo.

PDV 44 dice: “el candidato llamado al celibato encontrará en la madurez afectiva una base firme para vivir la castidad con fidelidad y alegría”. Cuando la inmadurez afectiva es notable, la forma de vivir el celibato la refleja y la ahonda. Cuando existen algunos aspectos no graves de inmadurez, el celibato sincero y noblemente aceptado puede compensarlos en parte. Cuando la madurez es aceptable el celibato le confiere un sello que lo



embellece incluso humanamente. El celibato reclama imperiosamente un grado **notable** de madurez afectiva.

Para avanzar en la maduración afectiva es preciso, primero, reconocer nuestro propio nivel con sus logros y sus déficits. Resulta necesario también recoger el eco crítico del entorno y discernir su contenido sin mecanismos de autodefensa. Es muy útil, asimismo, comunicarse transparentemente con habitualidad a alguna persona capaz y de su confianza. Es igualmente preciso trabajar cada uno de nuestros aspectos deficitarios con unos ejercicios adecuados y constantes, de los que damos cuenta a esa persona de nuestra confianza. Es también vital fortalecer los motivos humanos y espirituales estimuladores de nuestro crecimiento. Es, en fin, fundamental ser realistas al marcarnos nuestro nivel de aspiración.

Hoy se percibe con mayor claridad que la inmadurez afectiva es uno de los grandes factores que subyacen en muchas conductas incompatibles con una vida célibe (incluso en los abusos sexuales a menores). Se ha revelado como una de las áreas más difíciles y delicadas de la formación seminarística y sacerdotal. Un cursillo básico sobre el celibato y un tratamiento monográfico de cada uno de sus grandes capítulos, distribuidos convenientemente, resulta sumamente saludable para nuestra maduración. Clarifica y motiva humana y espiritualmente. Ofrecerlo a los sacerdotes podría ser un servicio inestimable.

Los afectos de amistad, el amor sexual, la sociabilidad, la oblatividad, etc., han sido más tenidos en cuenta que otro registro afectivo y emotivo: la agresividad. También necesita tratamiento y atención: los motivos que la despiertan en mí, la manera de controlarlos no reprimiéndolos, sino transfiriendo su energía hacia causas nobles y tareas necesarias y serviciales. El libro “La fuerza que nace de la debilidad” (Sal Terrae 2014) dedica medio capítulo al tratamiento de la agresividad y de su encauzamiento saludable para el sujeto y para los demás.

5.2.3 La madurez sexual

Célibes y no célibes vivimos en la primera etapa de nuestra vida (cuando el desarrollo es positivo) un itinerario semejante. La maduración sexual propia del célibe comienza a ser diferente a partir del momento en el que nos proponemos el proyecto de ser sacerdotes y, con la gracia del Espíritu Santo, optamos por él.

Las áreas de la maduración (de progreso en la madurez) en una sexualidad célibe son los siguientes: el conocimiento y aceptación mental de **la sexualidad y del celibato** como forma no genital de vivir nuestra condición sexual; el conocimiento vivencial de **sí mismo**, con sus rasgos favorables y desfavorables; la **estima vital progresiva** del ministerio y del celibato como

camino de nuestra propia vida; la edificación de los **afectos**; el control creciente y sano de nuestros **impulsos genitales**.

La maduración sexual célibe apenas interesa a los investigadores. Algunos de cuño católico y de posición moderada (por ejemplo, Bonnot) adoptan como marco global las cuatro etapas de la vida descritas por el gran Erikson. La etapa de la identidad de Erikson, cuyo término se sitúa en torno a los 20 años, es la fase en la que según Bonnot puede y debe adquirirse lo que él llama un **celibato físico**. Consiste en la capacidad de sentirse satisfactoriamente humano sin ser sexualmente activo y no sentirse todavía frustrado y preocupado por ello. La etapa generativa de Erikson se extiende hasta los 35 ó 40 años. Se puede denominar **celibato generativo**: la meta a la que tiende consiste, según este mismo autor, en sentirse productivo y responsable sin ser padre. En no sentirse sustancialmente incompleto o carente de algo que percibe como necesario en su vida. El presbítero de esta edad habría de asumir con decisión y gratificación interior la responsabilidad de la comunidad a él encomendada y el cuidado de la próxima generación. La etapa de la intimidad de Erikson se extiende entre los 35 y 60 años. El llamado **celibato íntimo**, objetivo de esta etapa en el sentir de Bonnot, designa la capacidad de mantener una amistad verdadera con varones y con mujeres sin estar casado ni violar la castidad física o psicológica. Es la etapa más exigente y difícil. En ella compartiríamos nuestra propia intimidad. Esta capacidad de intimidad es contemplada como un valor que fortalece la vida y el ministerio. “Si el sacerdote no tiene unos cuantos amigos verdaderamente cercanos e íntimos, el deseo que sienta de relaciones románticas o sexuales puede llegar a ser abrumador” (L. Sperry). Por fin la **etapa de la sabiduría o etapa integral**. Se extiende a partir de los 60 años hasta la jubilación o hasta el final de la vida. El objetivo asignado por este especialista es adquirir una capacidad de mantener el sentido del celibato y la esperanza en su fecundidad a pesar de las “goteras” del organismo y del psiquismo. Consiste también en saber asumir nuestro pasado célibe, incluso sus deficiencias, con sabiduría: sin desesperación ni amargura.

Esta descripción formula los objetivos, pero no tiene en cuenta “las marcas que nos deja la vida”. Porque cada una de estas etapas tiene sus tentaciones, necesita apoyos y reclama determinadas virtudes. En la etapa de **la identidad** la tentación es el déficit de control ante la eclosión hormonal y las “facilidades” ambientales. Los apoyos son el acompañamiento de un adulto y la amistad verdadera. Las virtudes, la autodisciplina, la transparencia y la adhesión viva y creciente al Señor y a su vocación de pastor. La etapa **generativa** puede ser alterada por el cambio notable que supone el paso del Seminario a la vida ministerial activa. En estas circunstancias, el trato más estrecho con la mujer puede derivar fácilmente en un proceso de enamoramiento



que conlleva amor y deseo. No es, a mi juicio, tiempo indicado para una amistad íntima con alguna mujer. Los apoyos son las gratificaciones del ejercicio del ministerio (ser querido, ser valorado, querer a las personas, verlas crecer humana y cristianamente) el contraste personal y pastoral con un sacerdote mayor y las verdaderas amistades masculinas. Las virtudes son la oblatividad en la tarea y el cuidado de sí mismo mediante un equilibrio (difícil en esta fase) entre interioridad y exterioridad. La etapa de la **intimidad** conlleva la tentación de saltarse los controles (las líneas rojas) con alguna persona con la que hemos anudado amistad y confianza, contraviniendo de este modo a la fidelidad a Dios y a la comunidad. Los apoyos son las grandes amistades, la comunicación de nuestra vida sexual y afectiva y la continua purificación de nuestras motivaciones pastorales. Las virtudes: la entrega abnegada a nuestro ministerio y el cultivo esmerado y regular de nuestra intimidad con Jesucristo. La **etapa integral** supone una menor tensión sexual y afectiva. La raíz de la tentación es, a veces, un sedimento de deseo insatisfecho no suficientemente trabajado en su día. Nos empuja a una actividad sexual sobre todo imaginaria, desproporcionada a nuestro nivel biológico. Esta tentación es hoy propiciada por la revolución electrónica que suministra abundante material erótico y pornográfico que puede utilizarse en estricta privacidad. Este deseo insatisfecho que se compensa tardíamente, puede ir asociado, según avance la edad a una cierta tristeza y desesperanza. Los apoyos consisten en no perder las relaciones gratas de confianza con personas y grupos, en mantener un grado de actividad ministerial y en ir tomando conciencia progresiva de que hemos entrado en la fase final en la que hemos de prepararnos para el último gran Encuentro. La virtud fundamental es la sabiduría que es sosiego en el trabajo, indulgencia con las personas, desprendimiento de cosas y cargos, mirada agradecida al Señor por haber sido mantenidos por Él y paz por nuestras casi inevitables deficiencias de nuestro pasado.

6. Las heridas del camino

La trayectoria que acabamos de trazar se refiere casi en exclusiva al itinerario de nuestra sexualidad. Pero esta es solo una dimensión (esencial, pero una) de nuestra vida. Hay **heridas no sexuales** que podemos y solemos sufrir en cada una de las fases de nuestra vida. Algunos las han sufrido en fase muy temprana y tierna de su existencia. Veámoslas con algún detenimiento.

6.1 *En la etapa del “sacerdote joven” (± 25-40 años)*

En la psicología evolutiva el así llamado “sacerdote joven” es en realidad “adulto joven”. Los curas jóvenes saltan al terreno del ministerio con ilusión e intensidad. Quieren hacerlo bien. Y aunque no se sienten seguros de

lograrlo, esperan encontrar en el sacerdocio un surco valioso de realización personal y de servicio generoso. Existe, pues, en ellos una **primera identificación** con su presbiterado.

Tal identificación tiene todavía más intensidad que profundidad. Es comprensible que así sea. La ordenación nos hace **sacramentalmente** presbíteros. La vida y los trabajos de los primeros años de ministerio nos van haciendo **existencialmente** presbíteros. El camino de un presbítero “joven” es pasar de una **primera** identificación a una **segunda** y más plena identificación.

No es tarea fácil: por una parte están su juventud, su identificación con la generación juvenil, las resistencias vitales para asumir del todo el celibato. Por otra, el “sacerdote joven” vive con mayor intensidad que las generaciones anteriores esa especie de escisión interna entre la sensibilidad cultural dominante por la que se siente habitado y la sensibilidad de cuño evangélico y eclesial en la que ha sido iniciado. Esta escisión hace laboriosa su tarea primordial en esta fase de su vida: identificarse (subjektivamente) con su identidad (objetiva).

Para ir adquiriendo esta identificación habrá de cuidar especialmente en esta fase el **equilibrio entre interioridad y exterioridad**, ya que su ansia de hacer mucho debilita la primera y fortalece la segunda. Bastantes sacerdotes jóvenes caen en este desequilibrio. He aquí una de sus posibles “heridas del camino”. La oración, las convivencias generacionales bien orientadas, la lectura y reflexión teológica y pastoral, la apertura de la propia intimidad (interioridad), deben “reconciliarse” en un proyecto de vida concreta, realista y contrastada, con la actividad, la programación, los desplazamientos, las jornadas excesivamente apretadas, los horarios rotos o alterados por las demandas pastorales.

Tener éxito es una aspiración general. Todos queremos que nuestra persona y nuestras obras sean consideradas valiosas. El cura que comienza su ministerio la busca con intensidad. Ninguna espiritualidad realista puede ser inicialmente severa con este querer. Favorece notablemente la estima del joven sacerdote por su persona y su trabajo. Facilita la identificación con el ministerio al igual que unos primeros años satisfactorios de vida matrimonial refuerzan el mutuo compromiso de los cónyuges.

En un desarrollo sano, **el deseo de fecundidad prevalece sobre el ansia de éxito**. El cura se va preocupando cada vez más porque su actividad sea más eficaz que brillante y porque el fruto de su trabajo sea sólido y consistente. La evolución de su vida y ministerio suele producir en muchos este progreso y maduración. Pero algunos quedan como atrapados en la fase anterior, instalados en su “narcisismo primitivo”. Esta es una segunda herida



posible, acentuada por los fracasos que también se cosechan en la vida pastoral.

Pero la misma búsqueda de fecundidad necesita ser purificada. Los frutos visibles son con mucha frecuencia interiores a nuestras previsiones y nos producen desaliento. Este desaliento en vez de engendrar escepticismo, ha de abrirnos a la fidelidad. Éxito, fecundidad, fidelidad es una progresión evangélica y sanante.

Es necesario, en fin, aprender el lenguaje célibe del amor. El celibato auténtico es una forma de amar que no es fruto de la espontaneidad, sino un aprendizaje.

- La relación del célibe con las personas es **honda**, no una relación periférica o funcional motivada por la simpatía, el atractivo sexual o simplemente humano. Un riesgo del célibe consiste en tener muchos afectos superficiales pero no amar de verdad a nadie con un amor que se implica, se compromete y goza con el crecimiento de los suyos. La relación del célibe
- Es **netá**: rehúye actitudes ambiguas que, debajo de la relación espiritual o pastoral, revelan y esconden al mismo tiempo una demanda más o menos explícita de amor o de jugueteo sexual.
- Es **sobria**: sin ser rígida, sabe renunciar a formas de expresión de afecto que por su dinámica interna o por la significación social que tienen en nuestra cultura, están vinculadas al amor sexual.
- Es **gratuita**: inmuniza al célibe ante una valoración de las personas de su entorno en función de su utilidad y su contribución a nuestros programas y trabajos.
- Es **oblativa**: el célibe aprende a dar mucho a cambio de poco (esta es una quasi-definición de la oblatividad)
- Es **básicamente confiada**: no está inspirada por la cautela medrosa y defensiva que tiende excesivamente a “marcar la distancia”. Esta actitud suele desvitalizar la relación

Todos estos adjetivos son puntos de referencia para detectar nuestra salud celibataria y sus heridas.

6.2 *En la etapa del sacerdote maduro (40-60 años)*

La experiencia secular y autores antiguos y modernos (Tauler, Jung, Víctor Frankl, Grönn) delatan que en el interior de esta etapa, el ser humano (y, por supuesto, el sacerdote) experimenta un tiempo no corto, más o menos explícito o intenso, de **crisis existencial**. Tras años de ministerio los logros pastorales se muestran generalmente precarios. A medida que hemos ido entrando en la espesura de lo real percibimos que, al menos visiblemente, nuestros esfuerzos son aportaciones muy modestas frente a los grandes procesos

que dirigen la historia, modelan la sociedad y repercuten en la comunidad cristiana. La propia experiencia de nuestra vida espiritual nos revela frecuentemente la lentitud de nuestros progresos, la posibilidad de regresiones y la persistencia obstinada de algunas debilidades y pecados. A esto se añade con frecuencia una gran aridez espiritual. Orar, apenas nos produce consuelo. Nos preguntamos no solo si merece la pena y tiene **utilidad** el seguir empeñándonos en nuestra tarea, sino incluso en si tiene **sentido** tal empeño. Es pues, no tanto una crisis de eficacia, cuanto de sentido. Estamos en el corazón de la crisis. No es privativa de los sacerdotes, sino general y universal. Pero tiene su rostro propio en el sacerdote.

Podemos percibirla con mayor o menor claridad y sentirla con mayor o menor aflicción. Pero hemos de pasarla todos, a no ser que estemos bloqueados en estadios menos maduros de nuestra evolución psicológica o de nuestro itinerario espiritual.

San Juan Pablo II (PDV 77) escribe: “En realidad son muchos los riesgos que pueden correr los presbíteros de media edad. Por ejemplo, un **activismo** exagerado y una cierta **rutina** en el ejercicio del ministerio (así el sacerdote puede verse tentado de presumir de sí mismo como si la propia experiencia pastoral ya demostrada no tuviese que ser contrastada con nada ni con nadie). Frecuentemente el sacerdote sufre una especie de cansancio interior peligroso, fruto de las dificultades y fracasos”. Estamos ante la herida central de esta fase de la vida sacerdotal.

Podemos tener la tentación de salir de la crisis por falsas escotillas. Una es dedicarnos a una actividad todavía más intensa para huir de nuestra desolación interior. Otra consiste en interpretar la crisis como una falta de suficiente fidelidad al Señor e intentar voluntarísticamente redoblar nuestra entrega a Él. El resultado es una fatiga y una desgana mayor. Otra salida en falso consiste en atribuir a factores eclesiales o sociales exteriores a mí la raíz principal de una crisis que es, sobre todo, interior y existencial. Otra se empeña en vano en salir de ella a base de cambios de destino, de ocupación o de opción vital (la secularización).

Falsas salidas que nos alejan de la verdadera salida: la segunda conversión. Esta es una crisis que requiere una respuesta espiritual. No seremos auténticamente consolados y confortados ni por evasiones ni por recursos inmediatos. Seremos salvados por un reencuentro real con el Dios real, transparentado en Jesucristo. Esta crisis es una llamada a apoyar básicamente nuestra existencia no en el tener, ni en el saber, ni en el poder, ni en el querer. “Es la hora de dejarnos encontrar por Dios” (Tauler). Optar nuevamente por Él. En este contexto, es la hora de optar real y definitivamente por un celibato experiencialmente aceptado.



La crisis es duradera. Nos toca confiar en la oscuridad. Esperar paciente-mente. Perseverar en lo que hacemos sin forzar la marcha y recortando acti-vismos. Practicar el amor manso y diligente a las personas de nuestro en-torno, particularmente a las que sufren. Un día se hará la luz y saldremos confortados, purificados, consolados. Habremos visto cómo nuestra opción por Dios se nos ha convertido, por la gracia del Espíritu, en pasión por Dios.

6.3 *El sacerdote mayor (60-75 años)*

Romano Guardini se acercó con lucidez y penetración a esta fase en su ensayo “Las edades de la vida”. A medida que nos internamos en esta fase (que la psicología evolutiva denomina senescencia), vamos percibiendo y sintiendo como un **despojo progresivo**. Nuestras fuerzas físicas disminuyen, nuestra energía psíquica es menor, nuestra actividad pastoral nos produce más fácilmente fatiga, nuestro sentimiento de soledad se acrecienta (la muerte de los que nos preceden nos hace caer que “estamos en primera fila”). Esta es la herida de la edad.

Ante el despojo, la tentación es **retener** lo que poseemos: las convicciones teológicas al abrigo de toda reformulación, las formas de espiritualidad al abrigo de toda renovación, las directrices apostólicas al abrigo de toda remodelación, el puesto pastoral al abrigo de todo relevo. Junto a esta actitud re-tentiva, otro riesgo es la **rigidez** no solo para comprender nuevos plantea-mientos, incluso los cambios de nuestro horario acostumbrado, sino también para dar huelgo a la **ternura**, a la comprensión de la debilidad. Juan a ella, la fatiga puede inducirnos al mecanicismo litúrgico y apostólico fruto de una soledad más sentida. Estas son algunas heridas debidas a una gestión defici-taria de los problemas de nuestra edad. Un deje de tristeza suele ser bastante frecuente, no siempre exenta de cierto amargor. Son tentaciones, no fatalida-des.

Si las cosas van bien en esta fase perdemos ardor pero ganamos sabiduría. Podemos **convertir la experiencia en sabiduría**. Este es su principal obje-tivo. Consiste en una serenidad que aprende a controlar la ansiedad que la acumulación de actividades ha podido generar en fases anteriores. Asimismo en una sensibilidad más despierta hacia aquello que no pasa, sino permanece. Sabemos distinguir lo importante de lo no tan relevante, aunque parezca ur-gente. “Surge –dice Guardini- cuando el Absoluto y el Eterno impregnan la consciencia limitada y transitoria y, desde ella, difunden luz sobre toda la vida”.

La sabiduría, objetivo de esta edad, se refracta sobre todo en tres actitudes prácticas, ligadas por el sello sapiencial. Una de ellas es el **sosiego en el trabajo**. Lejos de inducirnos a ritmos del pasado, la sabiduría nos aconseja que los atemperemos a medida que vamos avanzando en edad. Pero el

sosiego no es un mero regulador de la cantidad de trabajo realizado, sino del talante. Menos impaciencia, menos nerviosismo, menos ardor, menos dramatismo. Nos ayuda a distinguir el “tiempo del hombre” y “el tiempo de Dios”.

Otra actitud positiva derivada de la sabiduría es **la tolerancia del corazón y de la mente**. La sabiduría disuelve nuestra rigidez y nos hace tolerantes. Aprendemos a ser condescendientes con nosotros mismos y con los demás. Caemos vitalmente en la cuenta de que, al fin y al cabo, no es tan importante que las cosas salgan perfectas. Dios da la salvación a sus amigos mientras duermen. La eficacia es cosa de Dios. Cuando la tolerancia llega al corazón, de él emana la ternura. Una ternura desprovista de pasión y purificada de adherencias posesivas. Es grande el manantial de ternura que brota del corazón del sacerdote de esta edad cuando toma posesión de ella la sabiduría que procede de lo Alto.

Y, en tercer lugar, junto a la tolerancia y al sosiego, **el desprendimiento**. Si la reacción connatural al despojo es retener, la reacción evangélica es el desprendimiento de bienes, de objetos, de cargos. Hemos recibido de otros un encargo para transmitírselo a otros. Somos eslabones de una cadena apostólica. Nos toca abrir paso a quienes vienen por detrás. El ministerio se recibe y se transmite.

6.4 *El sacerdote anciano (de 75 años en adelante): crecer en el decrecer*

Existen hoy en la gerontología dos corrientes de pensamiento sobre la ancianidad, llamada senectud. Para unos especialistas la ancianidad es pura y simple decadencia y regresión. Para otros, junto a la vertiente decadente se acentúan en la vejez unos valores de calidad. Precisamente su situación de debilidad acentúa en ellos esos valores de calidad que enseguida identificaremos. La visión cristiana del hombre anciano sintoniza mejor con esta segunda corriente.

6.4.1 La crisis

Tres son las crisis fundamentales de la persona humana en esta edad. La primera es una crisis de identidad. La autoimagen y la autoestima reciben en el anciano un rudo golpe que puede conducirle a la tentación de creer que no vale nada. La segunda es una crisis de autonomía: dependen cada vez más de los servicios y cuidados de otras personas. Tal situación les conduce fácilmente a pensar que están de sobra. Crisis dolorosa que hiere nuestro amor propio y que en frecuentes ocasiones les hace declinar sobre otros tareas y responsabilidades que aun podrían asumir por sí mismos. La tercera es la crisis de pertenencia. El sentimiento de pertenencia a una comunidad



humana y de poner interés en sus asuntos y problemas se amortigua considerablemente.

Estas tres crisis son vividas a su manera también por los sacerdotes. La jubilación constituye en muchos una dolorosa rebaja de su autoestima. Su autonomía sufre una merma sensible y dolorosa cuando la enfermedad o la debilidad le hacen someterse a una dependencia severa. El interés por la marcha de la diócesis, de la Iglesia universal y de la sociedad decrece en la medida misma en que se sienten desvinculados.

Las tres crisis son otras tantas heridas ante las cuales caben en los sacerdotes reacciones diferentes. Hay reacciones de tristeza habitual, de amargura impotente y de desentendimiento de la comunidad humana y cristiana. Son propensos al tedio. Hay reacciones de paz, de agradecimiento a las personas que les sirven y de interés por lo que sucede en la Iglesia y en el mundo. Son como aquellos frutos que al llegar a su etapa final emiten un aroma de mayor calidad.

6.4.2 La tarea del sacerdote anciano

PDV 77 aconseja a estos sacerdotes “continuar de manera serena y decidida su servicio a la Iglesia; a no aislarse de la comunidad ni del presbiterio; a reducir la actividad externa para dedicarse a aquellos actos de relación pastoral y de espiritualidad personal, capaces de sostener las motivaciones y la alegría del presbiterio... A seguir siendo miembros activos de la edificación de la Iglesia especialmente en virtud de su unión con Jesucristo doliente”

Una auténtica espiritualidad es, sin duda, un valioso potencial interior para responder positivamente a estas crisis. Una atención cercana, afectiva, servicial, abnegada de sus responsables mayores y de sus colegas menores (por otro lado, bien merecida) les ayuda extraordinariamente a esta reacción positiva.

No se puede dejar de reconocer, por otro lado, que en la senectud lograda florecen especialmente una visión recapituladora de la vida como una unidad con sus diversas fases, un realismo mayor, una capacidad de relativizar muchos problemas que obsesionan a las generaciones siguientes, una aceptación serena de una existencia entera con sus luces y sombras, una esperanza que no se apaga a pesar de los obstáculos, el silencio discreto y la paciencia callada, la actitud humilde y agradecida al recibir atenciones y cuidados.

Quizás el rasgo unificador de esta madurez humana y espiritual es **la confianza**. Abrimos el arco de la vida confiando en nuestros padres y lo cerramos confiando en Dios y en los demás. Confiar es, en la senectud, saber ir perdiendo la propia vida para ganarla en Dios.

Esta confianza básica se refleja sobre todo en dos actitudes:

a) reconciliarse con el pasado, asumir el presente, abrirse al futuro.

El tema de la culpabilidad recurre en la senectud. “Los pecados de la juventud”, “la vida perdida o semidesaprovechada”, la sensación de “haberlo hecho mal” ensombrecen con alguna frecuencia su paisaje interior. Este fenómeno se inscribe dentro de uno mucho más amplio: **la reminiscencia**, bien conocida por la gerontología, que consiste en evocar un pasado vivido, pero no “molido” suficientemente. Aprender a confiar toda nuestra vida a la misericordia de Dios es una preciosa tarea de senectud.

La aceptación del presente adquiere, en esta fase, una tonalidad específica: asumir **la caducidad**. En otras épocas de la vida la limitación se percibe en forma de recorte de las propias potencialidades. Ahora emerge como conciencia de que “esto se va”. Reconciliarse con la propia caducidad es, en esta fase, la manera de aceptar nuestra condición de criaturas contingentes. El presente lleva además consigo sus cruces y físicas, psicológicas, familiares, sociales. Es tarea de senectud identificarse con el Señor Crucificado y con los crucificados de la tierra. Los poemas del Siervo de Yahvé, la pasión del Señor, la teología de la Cruz pueden ayudar a situarnos en esta perspectiva.

Abrirse al futuro significa “aclimatarse” a la perspectiva de la vida eterna. Ir introduciendo en el seno del temor a la muerte, la actitud de **la esperanza**, que es deseo vivo de Dios y confianza total en Él. Esta virtud nos conduce a la entrega confiada de nuestra vida en las manos del único Señor de la Vida. “En las manos que han sido taladradas; en las manos que solo se han abierto para acoger y bendecir; en esas manos por donde pasa un amor tan grande es confortador entregar el espíritu” escribía T. de Chardin en su diario íntimo en vísperas de su muerte.

Esta aceptación dolorosa, difícil, siempre incompleta no tiene relación con el deseo de morir de algunos ancianos. Es otra cosa. Es convertir nuestro despojo en entrega. Lleva dentro de sí un acto de fe, que en el fondo del desmoronamiento humano sabe descubrir, como Jesús, que en la descomposición del grano de trigo anida la Vida. Es un acto de esperanza porque confía en que Dios fiel y misericordioso hará lo que parece humanamente imposible: la vida plena. Es un acto de amor, porque es ofrenda valiosa y generosa de una vida. Después de ser despojados de tantas cosas (salud, vigor, etc.) aceptamos el despojo de los últimos que nos queda entregándonos en manos del Señor por amor.

Parecería que después de haber tratado tantas veces a la muerte de cerca (funerales, atención a moribundos) esta ofrenda final debería resultarnos más connatural que a otros creyentes. Así es en muchos casos. La resistencia a morir adquiere en algunos los rasgos de una deficiente aceptación del momento final. Una herida (la de la muerte) que no ha sido bien curada, aunque es también alcanzada por la acogida misericordiosa del Señor.



b) la especial dedicación a la plegaria y a la “lectio”

No siempre resulta fácil. Las goteras crecientes de la salud, la sensación crónica de cansancio, el estado de ánimo deprimido pudieran dificultar el cumplimiento de este noble empeño. Quienes vamos omitiendo o reduciendo la oración a lo largo de la vida encontraremos razones o excusas válidas para recortarla o irla difiriendo en esta última etapa. Habría de ocupar, en sus diversas formas, un tiempo sustancial en esta fase. Acompañada de la “lectio” de la Escritura y de las publicaciones de teología, espiritualidad y pastoral a las que podamos acceder en la medida de nuestras energías.

Un precioso manojito de oraciones publicado por Alonso Schökel para esta edad recoge admirablemente esta actitud de escucha y diálogo con el Señor, acomodada a esta fase final. Una de ellas dice así:

Recibe, Señor, nuestros miedos y transfórmalos en confianza.

Recibe, Señor, nuestro silencio y transfórmalo en adoración.

Recibe, Señor, nuestras crisis y transfórmalas en madurez.

Recibe, Señor, nuestras lágrimas y transfórmalas en plegaria.

Recibe, Señor, nuestra ira y transfórmala en intimidad.

Recibe, Señor, nuestros desánimos y transfórmalos en fe.

Recibe, Señor, nuestra soledad y transfórmala en contemplación.

Recibe, Señor, nuestras amarguras y transfórmalas en paz del alma.

Recibe, Señor, nuestra espera y transfórmala en esperanza.

Recibe, Señor, nuestra muerte y transfórmala en resurrección.

A. SCHÖKEL, *Esperanza: Meditaciones bíblicas para la Tercera edad*,
Sal Terrae.

Tabla de contenido

<i>UNA MISIÓN INESTIMABLE CON POSIBLES HERIDAS EN EL CAMINO.....</i>	<i>1</i>
0. Introducción.....	1
1. Dios “al margen”	2
1.1 El fenómeno cultural.....	2
1.2 La herida y sus consecuencias.....	2
1.3 La “medicina”.....	3
2. Un mundo erotizado.....	4
2.1 El fenómeno: la “explosión sexual”	4
2.2 El celibato en un ambiente erotizado.....	4
2.3 Indicaciones.....	5
3. Una fraternidad sacerdotal “manifiestamente mejorable”	6
4. Una función presbiteral socialmente más devaluada.....	7
5. Los azares de la madurez	8
5.1 Una madurez real, aunque atípica	8
5.2 Maduración psicológica, afectiva y sexual	9
6. Las heridas del camino.....	13
6.1 En la etapa del “sacerdote joven” (+ 25-40 años).....	13
6.2 En la etapa del sacerdote maduro (40-60 años)	15
6.3 El sacerdote mayor (60-75 años).....	17
6.4 El sacerdote anciano (de 75 años en adelante): crecer en el decrecer	18